

ANEXOS: *Historias de varitas:*

* “Me quedo una mañana de enero, saliente de guardia, porque me tocan unos días sin venir, para repartir algunas de las varitas mágicas... Nos juntamos dos personas, sin darle paso a la pereza... Una ducha, nuestra mejor cara, la ilusión que nos contagia con esa caja mágica, en las manos. Hecha con tanto cariño, y ¡a por ello! Empezamos por la planta de Oncología Infantil.... La sonrisa en la cara y nuestro Capitán Optimista muy presente... No tenemos su magia, pero nos concentramos mucho en dar lo mejor de nosotras y pasar un rato... Un rato memorable... Con pequeños gestos, buscando sonrisas, llenando de alegría los espacios de este hospital nuestro.... La magia se crea, sólo hay que creer... Soñar... Empezamos por Alicia... Alicia es una vieja conocida. Ha estado tiempo en la UCIP y se ha marchado con una traqueotomía... Apenas se puede mover. Pero con el tratamiento, está mucho más reactiva... Se le ilumina la cara... Sonríe, como puede, con su boca torcidita y con una sonrisa inmensa, inmensa, en los ojos.... Su madre y yo le ayudamos a escoger... Ella se para, se concentra mucho para intentar articular las palabras... Escoge una varita con una muñeca, como flamenquita, muy alegre y colorida... Le explicamos la magia, la magia de que, en otro sitio, unas manos llenas de ilusión de otro niño enfermo han hecho esa varita... que la han llenado de cariño... que será un estupendo antiMiedos... Le damos una fotocopia de la carta a su madre, siempre alegre, siempre fuerte... Cuando salimos, nos manda un beso.... Ya no siento el sueño, las horas de trabajo previas, la carga de la noche trabajada... Sólo hay ilusión y cariño... No se pueden contar todas las historias... Los sentimientos... intentaremos resumirlo en unas frases...”

* “Sonrisa de oreja a oreja de una pequeña niña de Oncología, agarrada a su varita mágica con forma de mariposa plateada, las alas extendidas.... La mano alzada, para que la veamos bien... ¿Cómo no va a ser mágica”

* “Dos adolescentes en la sala de espera del hospital de día... Sonrisas disimuladas, mirada que, tras el escepticismo, da paso a la ilusión... La carta en la mano... Detrás de los ojos, la seriedad del sufrimiento y el dolor de la enfermedad dejan paso a la alegría... En otra parte del mundo, alguien en una situación parecida, ha pensado en mí y me ha hecho un regalo... Posan para la foto, varita en mano... Retazos de cariño, de ilusión, la magia de los gestos pequeños, que, a veces, marcan la diferencia.”

* “Dos niñas de oncología, ingresadas, jugando a las cartas en la habitación de una de ellas... Nos hacen hueco, en su juego, en su vida... Miran con ojos grandes la caja, escogen con cuidado... Hay que acertar para que la varita tenga poderes... Querer creer... Independientemente de la edad... Dos varitas con alegres gatos de diferente color y una inmensa sonrisa compartida...”

* “Un niño en Cirugía, que no cree en la magia... Arruga la nariz pecosa, pero aún así, agarra una varita, claro que sí, no vaya a ser... Nunca se sabe, quien puede contagiarse de la magia... La magia de acciones insospechadas en las paredes frías de hospital, que, a veces, albergan grandes momentos. La madre lee la carta y sonríe. Un ¡gracias! enorme resuena cuando dejamos la habitación...”

* “Un pequeño con coleta que habla durante 20 minutos y nos alegra la mañana... Enseguida escoge una varita y prueba a hacerme desaparecer... Dice -vaya hombre, ¡¡¡no funciona!!!-, le explicamos que estas varitas son para otra cosa... Que quitan el miedo, que ayudan a aguantar el dolor... Que te hacen recordar que nunca estás solo... Toda la familia está en el cuarto con él... Nos gustan, nos gustan mucho. Mientras nos cuenta que, si no tuviese un suero, su mamá contaría hasta tres y el desaparecería (y nos dice bajito, por si no lo he entendido, que se escondería en el armario) ... Nos reímos todos juntos... Y es un poco Navidad, en esa habitación de hospital, donde la enfermedad une a todos alrededor de ese pequeño inagotable paciente que habla a borbotones y me dice, que ya está casi curado.”

* “A la salida del Hospital de Día espera otro niño, un peloncete que desprende alegría... Coge una de las varitas más divertidas... Hemos ido haciendo una encuesta de si es un huevo frito con cara o un pollito despeluchado de ojos saltones... Se ríe y da tres vueltas con la varita a nuestro alrededor. En la foto, varita en alto, pulgar hacia arriba y un fuerte grito de guerra... Gritamos él y yo... Hoy no hay quien pueda con nosotros... Energía que se contagia, que vuela y se regenera y crece.” *** “Y hay niñas de ojos grandes que miran las varitas muy serias, papás que leen en bajo la carta, la emoción en los ojos... Hay risas describiendo las varitas. Hay mucha vida, mucho cariño.” ***

* “Cada varita es magia. Y luego está esa varita en la que todas las piezas forman un puzzle precioso. El día que le dimos la varita a Andrea, ella y yo apenas nos conocíamos. Estábamos de guardia, era un día inusualmente tranquilo. Conocía bien su historia y, aunque en sus visitas a la UCIP no habíamos coincidido apenas, decidí que era la perfecta receptora para una de nuestras varitas. Para hacerlo breve, Andrea era una chica sana y normal hasta hace poco más de un año. Una extraña enfermedad, casi un diagnóstico casual y, en los meses siguientes, sus pulmones fueron perdiendo a marchas forzadas su fuelle... de ser una adolescente feliz a estar continuamente ingresada, necesitar oxígeno, después un respirador acoplado a su cara por una mascarilla, a no poder dar un paso o sentarse en la silla, faltarle el aire para decir unas simples frases o no ser ya capaz de comer y precisar una sonda. Eso sí, nunca le faltaron los brazos fuertes de su padre para llevarla, el tesón de su madre y la complicidad de un hermano que le presta su energía, que la rodean de un fuerte y sólido entramado de amor, un alegre muelle de vida al que ella se aferra con la fuerza de una leona. En pocos meses, una chica fuerte y alegre se convierte en una enferma terminal. Eso sí, sin perder jamás ni la sonrisa, ni la ilusión. Andrea es de esas pocas personas tocadas por una magia especial, con una fuerza sin límites. Sus médicos pelean con todos los medios a su alcance, se resisten a esa demoledora verdad, como lo hacen Andrea y su familia. Es una lucha difícil y desigual. Andrea lleva casi 8 meses en lista de trasplante pulmonar, cuando nuestros caminos se cruzan. Así que una tarde de domingo, cogemos nuestra preciosa caja decorada, en la que ya quedan pocas varitas y subimos en un rato a la planta. Hay cosas que no son fáciles de describir con palabras. Se abre la puerta y nadie imaginaría que eso es un frío cuarto de hospital. Andrea nos recibe con una sonrisa (un poco escondida detrás de su mascarilla, pero muy visible en unos grandes y preciosos ojos que miran por encima), con sus padres al lado. Y nos ponemos a charlar y fluye el rato. Es una alegría compartida, son palabras que cambian el entorno y no hay enfermedad ni hospital ni miedo. Hay encuentro, lazos que se crean y risas que resuenan. Casi se nos olvida a lo que hemos subido, pero al final saco mi caja del tesoro y cuento un poco la historia de las varitas. Andrea mira un rato dentro de la caja, escoge con cuidado. Lee la carta, la sostiene un rato, entre sus manos. Coge una varita, despacio. Y esa varita se rodea de magia, pero quizás, esta vez, es Andrea la que nos contagia a los demás. Nos hacemos una foto, dedos para arriba, nada puede con la magia que existe en ese momento. Sólo nos dice que es muy bonito, pero en esas sencillas palabras, está todo lo que queremos conseguir con nuestra cajita de varitas mágicas. Luego volvemos a la UCIP y transcurre la guardia, ese trabajo nocturno, en el que, de un modo diferente, a ratos nos acordamos de la varita de Andrea y sonreímos casi sin darnos cuenta. Luego le mando la foto a su médico neumólogo. Que me dice que el día de antes ha soñado que la trasplantaban. Y unos días después le acompaño a hablar de Andrea con el equipo de trasplante. No es fácil conseguir un pulmón. A veces no llega a tiempo. Pero ellos no conocen a Andrea, no saben de la fuerza que se esconde detrás de esos ojos grandes. Apenas 4 días después hay una primera posibilidad. Andrea ingresa llena de ilusión, con ese empeño maravilloso, agarrada fuerte a la vida. Pero al final no vale. Es un momento muy difícil. Pero apenas pasa otra semana y el sueño, porque Andrea nunca ha dejado de soñar, se convierte en realidad. Y nuestra guerrera entra en quirófano, todos los miedos menguando ante una fuerza y unas ganas de comerse el mundo que la mantienen todo este tiempo, en todos los golpes que le asesta una tremenda enfermedad. Me lo cuenta su neumólogo y, aunque no nos estamos viendo, sé que sonrío igual que yo. Yo no debería estar esa noche en el hospital. Pero tal vez es la magia de las varitas, las que nos ha unido de algún modo. Porque tengo que salir de casa corriendo por una emergencia, paso varias horas en la UCIP, un caso duro. De madrugada, exhausta, decido acercarme a la puerta del quirófano donde Andrea está recibiendo ese pulmón que ha de regalarle una nueva oportunidad, que debe devolverla a la vida. No sé cómo describir los abrazos a sus padres. Son mágicos. O lo que siento cuando entro en la reanimación y la veo allí. Son momentos así los que hacen de nuestra profesión algo maravilloso e inexplicable, los que dan sentido a tantas horas y tantos ratos. Y veremos a Andrea sin mascarilla, apenas unos días después. Y, esta vez sí, no hay duda de que tiene la sonrisa más bonita del mundo. Y, mientras me llevo su sonrisa conmigo, pienso una vez más que no hay mayor magia que la que llevamos en nuestros corazones y que una simple varita puede ser lo que nos hace falta para dejarla salir” *